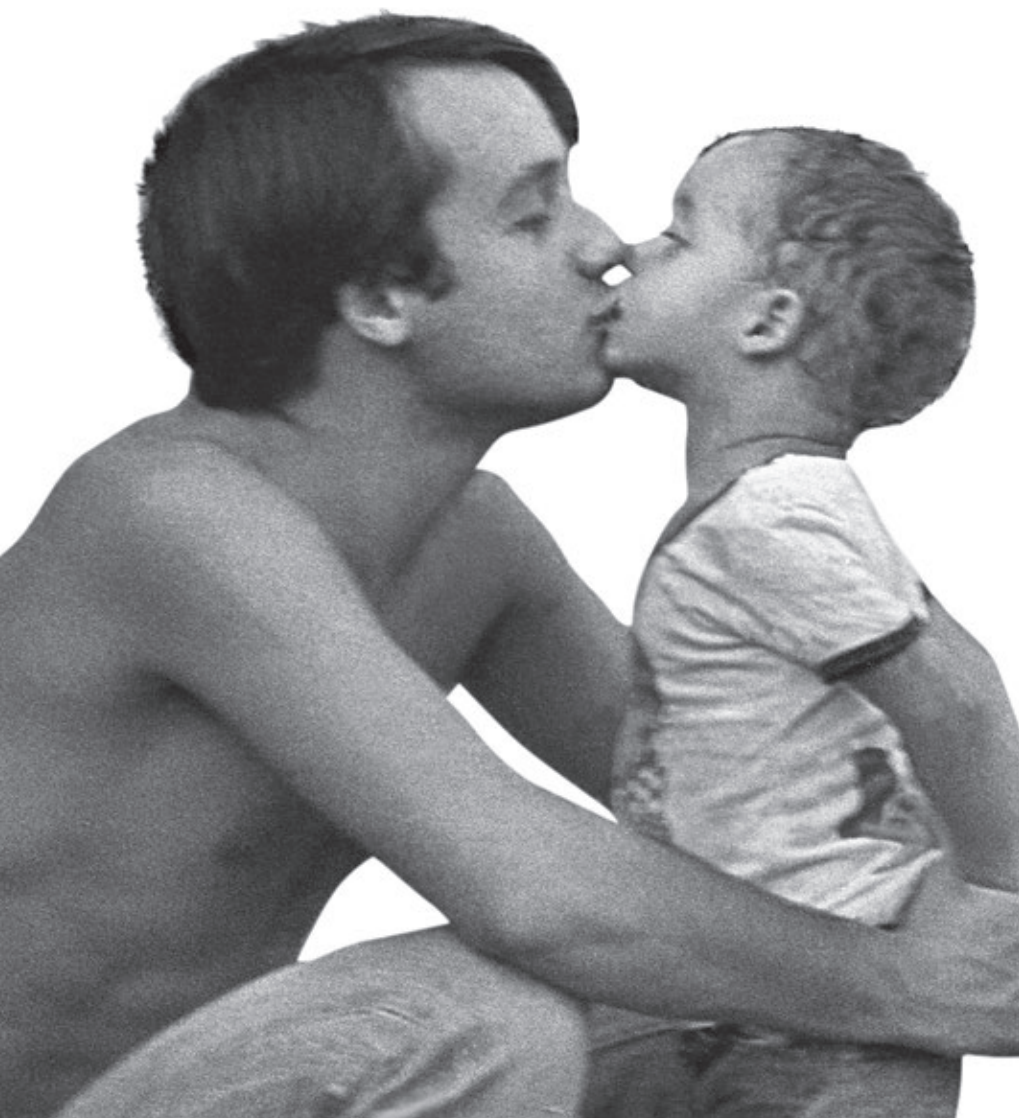


 Seix Barral

Galder Reguera

Libro de familia





Seix Barral Biblioteca Breve

Galder Reguera
Libro de familia

© Galder Reguera, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-322-3632-7
Depósito legal: B. 973-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Mi padre murió el día en que mi madre le dijo que estaba embarazada de mí.

Fue la Nochevieja de 1974. Tenía veintitrés años. Trabajaba en la empresa familiar, Comercial Radio Reguera, fundada por su padre y gestionada en aquel entonces por sus hermanos mayores. Tenían varias tiendas de electrodomésticos, televisiones y radios. Él era responsable de la que estaba en Barakaldo. La música era su pasión. Siempre lo había sido, desde niño. Tocaba el bajo en un grupo y era técnico de sonido. En los últimos meses había potenciado en las tiendas la comercialización de reproductores de sonido e instrumentos musicales, fundamentalmente bajos y guitarras eléctricas. Las ventas iban como un tiro y eso le alegraba. Instalaba también aparatos de música que alquilaba a diversos locales de ocio. Por ello, los últimos días del año eran de dura tarea. Discotecas y bares

preparaban sus fiestas y cotillones. Mi padre iba de localidad en localidad poniendo a punto los equipos. Siempre fallaba algo. El sonido nunca es perfecto. Él era músico, y por ello se afanaba en hacerlo lo mejor posible.

Mi madre estaba muy nerviosa. Se había engalanado como la noche merecía. Estrenaba un precioso vestido y había pasado buena parte de la tarde peinando su larga y oscura melena. Aunque, en realidad, los movimientos del cepillo habían sido como un mantra para pensar. Esperaba la llegada de su marido en casa de sus padres, un dúplex en la calle Valentín de Berriochoa de Basauri, donde en un rato la familia celebraría la Nochevieja. Acababa de dar la cena en la cocina a Borja, mi hermano mayor, que pronto cumpliría tres años. Se había tumbado en la cama para dormirle. Las luces apagadas, abrazada a él. Detrás de la puerta se oía un murmullo de voces. Por la mañana, Mamá se había hecho una prueba de embarazo que había resultado positiva. La perspectiva de un segundo hijo la alegraba y le angustiaba a partes iguales. Se lo había contado primero a mi padre, por teléfono, y después, ya en casa, a sus hermanas Nati y Bego. Los tres, marido y hermanas, se habían mostrado entusiasmados. Ella cavilaba ahora, acurrucada junto a su pequeño, en cómo iba a cambiar de nuevo su vida con otro bebé danzando por casa. También pensaba en asuntos más concretos. Que ojalá fuera una niña, por

ejemplo, o cuándo anunciarlo a sus padres. ¿Hacerlo hoy aprovechando la reunión familiar? ¿O cuando hubieran pasado unas semanas y el embarazo fuera más estable?

Borja no tardó en quedarse dormido. Mamá le arropó, besó su frente y salió de la habitación. La casa de Amama (en el País Vasco las casas son de las mujeres) siempre fue un lugar lleno de gente, ruidoso, feliz. En los días de celebración lo era aún más. De un lado a otro había gente a la carrera. Amama dirigía el tráfico, dando órdenes a sus hijas, disponiendo el trabajo de las mujeres, que llevaban de la cocina a la mesa platos y vasos y bandejas con entremeses. Mamá se sumó a sus hermanas, incluida Pili, la más pequeña, que entonces tenía nueve años. También Marieli, la mujer de Pablo, el hermano mayor, embarazada en ese momento de siete meses. Los hombres habían salido a tomar algo, pero comenzaban a llegar, poco a poco, achispados tras tomar unas cervezas con los amigos, con ganas de celebración.

Aitite, mi abuelo materno, estaba ya en casa. Trasteaba en la cocina, picando de aquí y allá, dando cuenta de un bocadillito de jamón que se había hecho para acompañar la botella de vino Muga que acababa de abrir, regalo de su amigo Isacín, y dejando todo listo para preparar más tarde las angulas. Casi nunca echaba una mano en la cocina. Solo en ocasiones muy puntuales, como cuando había comprado marisco o traía hongos de una excur-

sión por el monte con los amigos. En esos días le gustaba cocinar él mismo, tratar con mimo lo que le había costado tanto dinero o tanto esfuerzo. Ahora picaba unos ajos para dejarlos marinando en una cazuela de barro, con aceite y guindillas.

La tía Adela había vuelto a casa por primera vez desde hacía meses. Era una beata solterona que se había instalado más o menos de continuo en casa de su sobrina, mi abuela. Pero la dejó el día que Segundo, uno de los hermanos de mi madre, celebró el atentado contra Carrero Blanco. Ella, franquista convencida que lloró después mares por la muerte del Caudillo, no quiso pasar ni un minuto más bajo el mismo techo que aquel revolucionario. Pero esa noche había acudido a la llamada de mi abuela, que le rogó que fuera a cenar. Mis tíos y tías, sus sobrinos, la querían mucho y por suerte había accedido. Su ausencia habría estropeado un poco la celebración.

Sobre las ocho, hora a la que estaban todos citados, mi padre llamó por teléfono para avisar de que se retrasaba un poco porque tras cerrar la tienda de Barakaldo tenía que ir de un salto a cambiar la aguja de un tocadiscos en un local en San Salvador del Valle. En la misma llamada, le dijo a mi madre que había contado a sus hermanos que esperaban otro niño, que no había podido evitarlo y que habían quedado tras la cena para brindar todos juntos. Dejarían a Borja durmiendo donde Amama. Como iba tarde, le pidió también que le

hiciera el favor de recoger en casa un pantalón y una chaqueta y llevárselos a la cena. Se cambiaría allí. Luego brindamos por el nuevo niño, prometió. Antes de colgar añadió: Te quiero mucho, Carmen, todo saldrá bien.

Mamá fue a su casa y recogió el traje. Vivían en el número 26 de la calle General Mola, a no más de ochocientos metros de la casa de sus padres en la calle Valentín de Berriochoa. Mi abuela Teresa, la madre de mi padre, se instalaba con ellos durante largas temporadas, pero aquella noche había ido a celebrar el fin del año con el resto de sus hijos en su casa de Las Arenas. Mamá aprovechó el viaje para respirar un poco, pasear, fumar un cigarro tranquila lejos del ruido de casa. Acariciándose el vientre, se prometió que pronto dejaría el tabaco. La gente aún desbordaba los bares de Basauri. Todo el mundo está feliz en Nochevieja. Saludó a algunos vecinos y conocidos de la familia. También a amigas y amigos con los que se citó después de las uvas. Departió un rato con ellos, pero se dio cuenta de que se iba de la conversación. No podía quitarse de la cabeza la perspectiva del nuevo hijo. La noticia desplazaba todo lo demás.

De vuelta en casa de Amama, sus hermanos la recibieron con una protesta general. Su marido aún no había llegado. Este Luis, siempre tarde, ¿qué te ha dicho? ¿Cuándo llegará? Algunos de mis tíos amenazaron con irse a tomar algo a la calle si

no empezaban a cenar pronto. Aitite zanjó la cuestión diciendo que allí no se cenaba hasta que no estuvieran todos en la mesa y que nadie saldría de esa casa. La espera se dilataba. El enfado comenzaba a convertirse en indignación. Los chicos picoteaban a escondidas de los platos de entremeses, Amama los abroncaba por ello. En la televisión, el telediario dejó paso al programa especial de fin de año, que en aquellos tiempos comenzaba a las nueve y media. En la pantalla, Victoria Vera, María José Cantudo, Ángela Carrasco, Fernando Esteso y otros famosos de la época hacían *playback* a coro bajo una melodía tomada del programa *Señoras y señores*, que comenzaba diciendo «La noche es joven, ¡anímate!». Era el primer especial de Nochevieja que se emitía en color en España.

José Mari y Pili, los hermanos más pequeños, estaban pegados a la tele. Los mayores bebían una copa de vino haciendo tiempo, molestos con la demora. Aitite cambió de idea. A cenar, ordenó. Ya llegará Luis. Se sentaron todos, una silla vacía esperando. Aitite bendijo la mesa y comenzaron a picar los entremeses. Apenas habían comenzado cuando el timbre estruendoso del teléfono irrumpió en el salón. Nadie se alarmó por la llamada. Familiares, amigos de mis tíos y tías, e incluso algunos vecinos solían pasarse después de las campanadas a tomar algo en casa de mis abuelos, y todos pensaron que sería alguno de ellos para avisar de que después se acercaría con una botella

de champán. Aquel fue siempre un hogar abierto, transitado, lleno de vida.

Descolgó Aitite. Preguntó quién era, con ese tono de voz fuerte, tajante, con el que siempre hablaba.

—Sí, es mi hija. Está aquí —murmuró, y su gesto cambió. Se tornó gris, dolorido—. ¿Cómo? ¿Qué? ¡Vamos para allí!

Se giró hacia la mesa, buscó a mi madre con la mirada.

—¡Carmen! —exclamó, en un lamento—. Es por Luis..., ha tenido un accidente con el coche..., está muy grave.

Mamá se llevó las manos al rostro y gritó. Todos se quedaron en shock, mirando en derredor, sin saber muy bien qué hacer. Hasta que al salón llegó el llanto de Borja, que se había sobresaltado con el grito de mi madre. Entonces reaccionaron. Nati acudió a consolar al niño a la habitación. Se tumbó a su lado. Borja regresó pronto al sueño. Ella, que tenía quince años en ese momento, temblaba asustada, abrazada a él.

Amama y la tía Adela quedaron al cuidado de la casa. La monja hizo rezar a todos los sobrinos, rogando a Dios que mi padre estuviera bien, que todo quedara en un susto. Aitite, Pablo, Bego y mi madre acudieron al hospital de Cruces. Fueron en el Dodge 3700 de Aitite, que conducía Pablo, porque él estaba tan alterado que temía sufrir otro accidente. Los hombres iban delante. En la parte

trasera mi madre lloraba asustada, Begoña tomaba su mano con fuerza.

Cuando media hora después llegaron a Cruces, Pablo se adelantó al grupo. Pidió a los demás que esperaran un minuto en la entrada, que él preguntaría dónde habían de dirigirse. Nada más cruzar la puerta de urgencias, se encontró con una enfermera que conocía de Basauri.

—¡Pablo! —le abordó—. Vienes por lo de Luis, ¿verdad?

Mi tío asintió. Ella le pidió que la siguiera. Recorrió tras la enfermera varios pasillos hasta que se dio cuenta de que se alejaba de urgencias.

—¿Adónde me llevas?

—A la morgue...

—Pero...

En ese momento comprendió. Se llevó las manos a la cabeza. Se apretó las sienes intentando sacar de ahí la idea de que Luis, el marido de su hermana, su mejor amigo desde hacía una década, había desaparecido para siempre. Aquello era imposible. Cayó de rodillas.

Volvió sobre sus pasos, desgarrado por el llanto. En la entrada del edificio de urgencias se encontró a su padre llorando abrazado a sus hermanas. Estaban también los dos hermanos varones de mi padre. También habían recibido la mala nueva. Un médico les había narrado lo sucedido: un conductor borracho se salió de su carril invadiendo el otro, por el que circulaba mi padre. Colisionaron

de frente. El homicida estaba en observación en el mismo hospital, aparentemente ileso. Mi padre llegó ya sin vida. Mamá negaba con la cabeza. Todo aquello no tenía sentido. No podía siquiera concebir que fuera real.

—Quiero verle —comenzó a repetir—, quiero verle.

Los hermanos de mi padre se quedaron fuera. No querían ver el cuerpo, no querían tener ese último recuerdo de Luis. Mamá entró acompañada de Aitite, Pablo y Begoña en una sala de la morgue donde, sobre una camilla, yacía mi padre. No tenía un solo rasguño. Apenas un golpe en la frente, una pequeña herida que alguien había tapado con una tirita. Mamá tomó su mano, comenzó a besarla, y rompió en un llanto desconsolado que se contagió a su hermana, a su padre, a su hermano. Todos lloraban, abrazados. En la puerta de la sala, el médico que había atendido a mi padre luchaba por no ponerse él también, ahí, a llorar. Acababa de empezar su turno.

A la entrada de urgencias comenzaron a llegar otros familiares cercanos, algún amigo. Los teléfonos fijos también servían para hacer volar las noticias. Allí vieron cómo Aitite y Pablo ayudaban a caminar a mi madre, que sentía que moría ella también. Se abrazaron todos, se besaron, intentaron transmitir a Mamá que no se encontraba sola, que estaban todos allí, que siempre lo estarían, que nunca le faltaría de nada. Bego entonces recordó

que mi madre estaba embarazada y su llanto se intensificó.

—Mañana nos vemos —dijo Aitite—. Mañana nos vemos todos en mi casa.

Mamá pensó si realmente había un mañana.

Volvieron a casa. Durante el viaje, dentro del coche reinaba un silencio total. Los cuatro estaban en shock. El Dodge 3700 comenzó a descender por la calle Autonomía, una de las más largas de Bilbao, dos carriles en cada sentido del tráfico. La calle se encontraba desierta. Ni un alma. De pronto, dieron las doce. Fuegos artificiales tomaron el cielo de la ciudad. De los balcones de la calle Autonomía comenzó a asomar gente que lanzaba petardos al aire, serpentinas de colores, bengalas de fiesta. Gente que gritaba y celebraba y se besaba deseándose lo mejor para el año que comenzaba.

El coche de Aitite era el único que circulaba por la ancha avenida. Sobre el techo caían los petardos, que amplificaban su estruendo en la estructura metálica del automóvil. Cada explosión hacía temblar a Mamá. Cada explosión la hacía gritar de miedo y espanto. Bego intentaba calmarla.

—Dime que todo esto no es verdad, Begoña, por favor, dime que no es verdad.